

Bernardo Esquinca

El escritor invisible

Vicente Francisco Torres

Durante cerca de treinta años, mi trabajo periodístico se centró en libros de escritores noveles. Fui testigo privilegiado del surgimiento de Jesús Gardea, Luis Arturo Ramos, Enrique Serna, Daniel Sada, Ignacio Solares, Mauricio Molina, Alberto Ruy Sánchez y varios más. Pero de pronto advertí que libros elevados a las nubes por la publicidad “ya no eran para mí”, según expresión feliz de Jorge Luis Borges. Así que dejé la narrativa mexicana contemporánea por la paz.

Hace un par de años, en una de las librerías de viejo de la calle de Donceles, tan caras al autor, me salió al paso *Los escritores invisibles* (Fondo de Cultura Económica, 2009), que por su bella edición adquirí y llevé a mi casa. Por la noche, después de leer su primera página, no pude abandonarlo hasta terminar. Como dice el poeta español José María Álvarez, “el azar es una oscura servidumbre”.

El mundo que habita Bernardo Esquinca ya no es el mío, pero la calidad de su novela supera los tiempos, los intereses y las experiencias. *Los escritores invisibles*, por la calidad de su hechura, me trae de vuelta a la narrativa mexicana de hoy y me hace pensar que nuestra prosa artística está de vuelta.

Jaime Puente, el narrador que es escritor, replantea el lugar común que reza: si tu infancia y adolescencia no te dieron material literario, estás perdido. Él busca con denuedo publicar su primer libro en una editorial de prestigio y narra su aventura en busca de editor. Para dar intensidad a su vida, que no tiene grandes episodios, recrea las existencias de autores que sí los tuvieron: J. G. Ballard, James Ellroy, Chuck Palahniuk, Paul Auster, Barry Gifford, Bret Easton Ellis.

Lo que el autor creía y nos hacía creer sobre su vida anodina se empieza a llenar de

detalles interesantes que ya no son tan pálidos frente a los escritores comentados: va en busca del original de un profesor que todas las editoras transnacionales se disputaban porque iba a ser una amenaza para ellas, ¡y todo porque era un buen libro, distinto de las sosas obras que dan pingües ganancias!

El narrador se traslada a un pueblecillo cercano a una ciudad importante, en donde encuentra a un conjunto de amas de casa que escriben, pero no publican, obras pornográficas para su exclusivo placer; sacan la narrativa del letargo exitoso y la proyectan en busca de caminos vitales. El comentario de las obras que el narrador va leyendo se convierte en un verdadero acierto formal y le sirve a Esquinca para plantear un asunto que es de su interés porque en él trabaja: la pornografía. Las novelas de las amas de casa que bordan sobre coitos con embarazadas, exploración de distintas cavidades, fluidos corporales, catálogos de perversiones y el intento de un cineasta por hacer cintas con encuentros sexuales tomados de la rea-

lidad, sin fingimientos de actores profesionales, lo enfrentan a un estigma que ve en la literatura de éxito: la simulación.

La calidad de la invención y la originalidad del planteamiento central de esta novela (los buenos escritores no trascienden porque son invisibles, porque no circulan en el gran mercado, porque el éxito es de los insustanciales) son notables y éste, al final, tiene un vuelco: cuando Jaime Puente ve su libro en una vitrina descubre, ¡oh paradoja!, que también él es del montón de escritores visibles.

Los escritores invisibles no tiene lirismos, pero su prosa es tersa y atrapa como una planta carnívora. Tiene aciertos de escritura como el que viene a continuación: “Supongo que localizar a alguien perdido no debe ser muy distinto a escribir una novela: las palabras y las frases van surgiendo mientras se tantea en la luz cegadora de la página en blanco”.

Después de leer *Los escritores invisibles* (2009), que es su segunda novela, era na-



Bernardo Esquinca

tural que buscara los demás libros del autor: *Belleza roja* (2005), *Los niños de paja* (2008), *La octava plaga* (2011) y *Demonia* (2012).

El conjunto de sus libros constituye una obra coherente porque sus temas y obsesiones reaparecen bajo una luz distinta siempre: Eros y Tánatos, los sueños, la nota roja, los insectos, la pareja amorosa, los manicomios, el mal, la ficción científica, los recursos del relato policial y de terror...

Esquinca es un autor sumamente moderno porque sus temas son las cuestiones que preocupan a la gente joven de hoy. No es que esté a la moda, sino que vive y conoce los intereses de los jóvenes. En *Belleza roja* (Fondo de Cultura Económica), su primera novela, narra lo que sucede en una clínica localizada en una isla. Allí se hacen liposucciones, mamoplastias, lipoesculturas, injertos de cabello, mastopexias... La novela se desarrolla con el contrapunto de dos historias: por un lado, la del fotógrafo de nota roja de apellido Esquinca, quien cada que puede llega a las escenas criminales y acomoda los cuerpos para que los cadáveres tengan connotaciones sexuales. La historia paralela narra la vida en el hospital que los nativos califican como matadero, como rastro para humanos por lo que allí se hace y por los desechos que produce: gasas, adiposidades, retazos de piel, sangre, costras, vendajes. Mientras el fotógrafo expone la destrucción de la belleza, en el hospital la reconstruyen y la crean porque, piensan, sólo la belleza salida del bisturí es perfecta: "La belleza natural es imperfecta. La belleza verdadera es la que ha sido transformada. Porque se nos ha dado a los hombres el poder de crearla. Todos necesitamos aunque sea un poco de ayuda, y mientras no consumemos la unión entre la carne y el bisturí nuestros cuerpos están incompletos". Y agregan: "La herencia genética, una desafortunada imposición que deberá ser transformada".

El fotógrafo reflexiona así sobre los cuerpos delgados que se han impuesto como canon a las mujeres:

Ver a todas esas chicas esqueléticas juntas sólo me deprimió. ¿A quién se le pudo ocurrir que las costillas y los omóplatos a flor de piel son sensuales? Durante el evento pude imaginar perfectamente a todas esas muje-

res vomitando de asco frente a los espléndidos bufets de los hoteles en los que se ven obligadas a vivir, y en cambio ordenando al cocinero que les confeccione una ensalada con pasto y flores de los jardines junto a la piscina. Sobre la pasarela están los mismos pálidos fantasmas que pueblan las fantasías de millones de hombres, como si la desnutrición se hubiera convertido en el más poderoso de los afrodisiacos. ¿Dónde quedaron las curvas, las mujeres frondosas, saludables?

Las dos historias se juntan cuando al fotógrafo Esquinca le proponen que retrate desnuda a una ex modelo que carece de una pierna y que se encuentra en el *rastro*. Además, buscan que retrate a las mujeres que convalecen como momias a la sombra de las palmeras.

Debido a que Bernardo Esquinca maneja escenas y enigmas típicos de los relatos policiales, es difícil no comparar sus novelas y cuentos con las narcohistorias que carecen de valor literario porque suelen recurrir al tremendismo, terreno en el que son superadas por las planas rojas de los diarios, a que tan afecto es el autor. La diferencia la hace el lenguaje artístico, que narra así el descubrimiento de un cuerpo despedazado: "aquellos trozos de cuerpo esparcidos por la calle, como migajas para un pájaro carnívoro".

En *Los niños de paja* (Almadía), su primer libro de cuentos, aparecen los insectos, los entomólogos, los dementes, los hospitales psiquiátricos y la narración terrorífica que tan importantes habrán de ser en sus dos libros más recientes: los cuentos de *Demonia* (Almadía) y *La octava plaga*, (Ediciones B), su novela más amplia y compleja. Significativamente, aunque en los cuentos hallamos los elementos característicos del universo literario de Esquinca, su apuesta por los finales epifánicos los ponen en desventaja con las novelas que, aun siendo pura proteína, sin adiposidades discursivas, respiran con más libertad y muestran sus galas formales. Me parece que dos de sus relatos más extensos están listos para llevarse al cine: "Los niños de paja" y "Demonia".

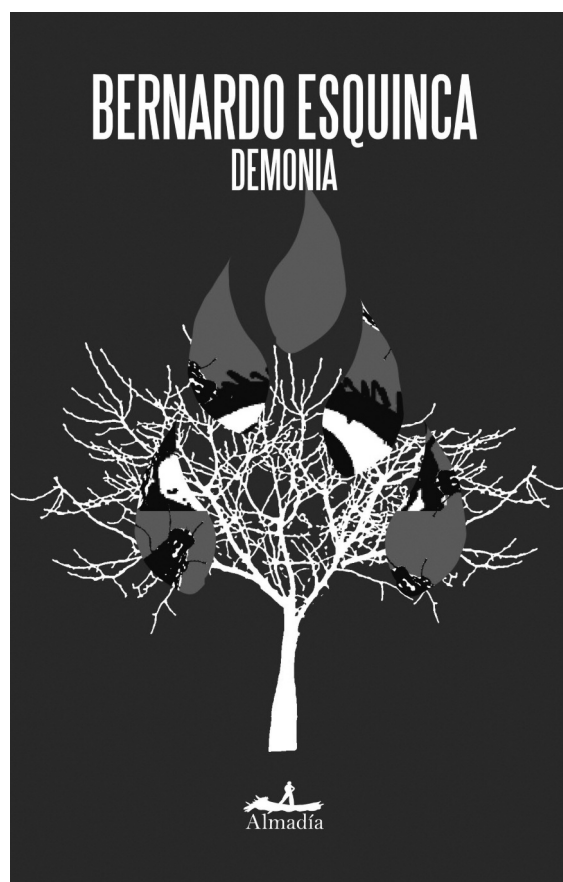
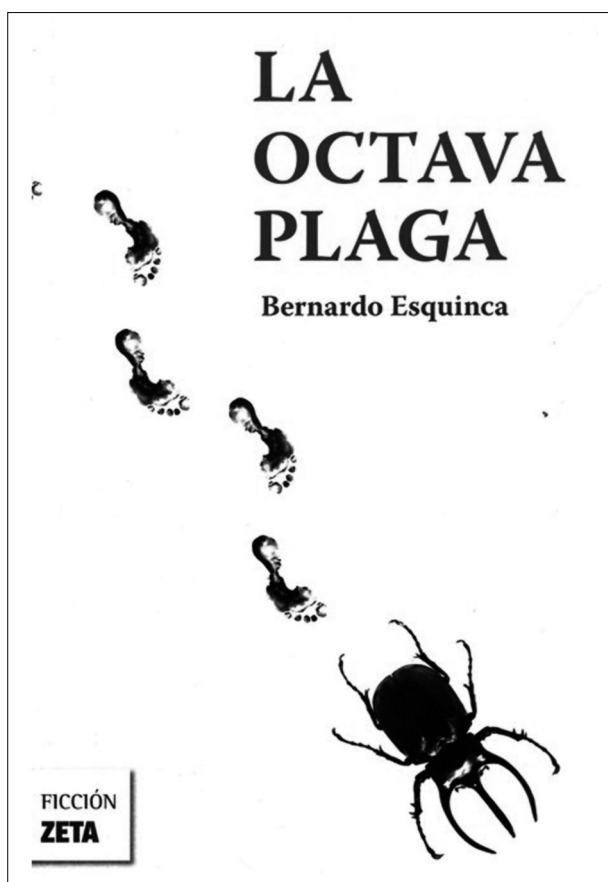
Si bien sus dos primeras novelas son bellas e interesantes, *La octava plaga*, la más reciente, la más vasta, parece sublimar los elementos de su mundo.

Al principio encontramos fragmentos del diario de un entomólogo y de noticias de plana roja, que en apariencia carecen de importancia para la novela pero, cuando conozcamos el caso de la asesina de los moteles, y a Casasola y Verduzco, periodistas de nota roja, se llenarán de sentido. Ellos hacen la valoración de este tipo de periodismo. Recuerdan que Sabato apreciaba las páginas policiacas porque le parecían la expresión más contundente de la realidad. La nota roja se parece a la literaria porque hay que inventar, poner imaginación y narrar. En los anuncios de ocasión, incluidos los de sexoservicio, los amarres y los oficios de los curanderos, se observa la expresión humana sin hipocresía.

Verduzco piensa, cuando entra a una librería y mira las mesas de novedades, que se trata de modas o libros por encargo. Cree fervientemente que la nota roja es mejor, más auténtica y vívida. Y, para terminar pronto, él tiene más lectores de sus reportajes morbosos que los escritores de libros. La nota roja acaba por trazar vasos comunicantes con el erotismo en el texto de Esquinca cuando Verduzco es sacrificado por la asesina de los moteles, que lo ata a la cama y lo asesina del mismo modo en que el periodista había reportado varias veces.

Después aparece El Griego, un fotógrafo de nota roja, ya jubilado, que dice una verdad sobre los asesinos, sacada de las planas rojas de los periódicos y no de los libros: "La gran mayoría de los crímenes que cubrí no fueron realizados por asesinos fríos y meticulosos. Se trataba de personas comunes y corrientes, que cedieron a un arrebatado de furia, provocado por celos, frustración o deseos de venganza. Cualquiera puede convertirse en asesino". Coincide con una definición que dio un prestigiado escritor sudamericano de cuyo nombre sí quiero acordarme pero no puedo (quizá sea Leopoldo Lugones): "un asesino es un hombre común y corriente que estaba pasando por un mal momento".

El Griego es un personaje que estuvo enamorado de una interna de un hospital psiquiátrico y el relato de su vida marcha como un contrapunto del relato que hace Casasola de las pesquisas sobre la asesina de los moteles. Este personaje está inspirado en Enrique Metinides, destacado fotó-



grafo de mediados del siglo XX; es una especie de homenaje que Esquinca, como J. M. Servín (*D.F. confidencial. Crónicas de delincuentes, vagos y demás gente sin futuro*. Almadía, 2012) rinden a este fotoreportero, testigo privilegiado de su tiempo. El mismo J. M. Servín, en el libro mencionado, comparte la inclinación de Esquinca por el periodismo criminal: “pese a su estrecha relación con la anomia social, la nota roja es menospreciada como objeto de estudio. Sus páginas culposas resaltan el rostro temible, la mueca sardónica y pendenciera, el lenguaje agresivo, el azoro inagotable y la vitalidad exacerbada. Como página de sociales del infierno, celebra la subversión del orden, encubierta bajo una lección moral. Explora lo impredecible, singular, despreciable y grotesco...”.

Pasada la mitad de *La octava plaga*, surge el entomólogo Taboada, quien se halla recluido en un hospital psiquiátrico y ayuda a Casasola y a El Griego a develar el misterio de la asesina. Elaboro una teoría que habla de cómo los insectos se han mimetizado con los seres humanos para destruirlos: el entomólogo recluido en el psiquiátrico se come los libros como las polillas; Olga, la ex mujer de Casasola, es una espe-

cie de autista que sólo atiende a la luz de los focos; la asesina de los moteles, en suma, es una mantis religiosa que asesina a los machos después del apareamiento. Si consideramos que la novela habla de la comunicación entre insectos y seres humanos, debemos decir que Bernardo Esquinca continúa un planteamiento que realizó Rafael Bernal en 1946 con una novela muy poco conocida: *Su nombre era muerte*, que transcurre en la selva chiapaneca. Y ya que estoy ubicando a Bernardo Esquinca en la tradición literaria mexicana, es justo mencionar el libro de cuentos *Mantis religiosa* (1996), en donde Mauricio Molina sacó el entomólogo que lleva dentro.

A lo largo de *La octava plaga*, Bernardo Esquinca desliza algunas líneas sobre el porqué de sus obsesiones: “La única función de los sueños, dice, es recordarnos que el mundo real es igualmente incomprensible”. Las ciudades de hoy son “psiquiátricos gigantescos donde vivimos la ilusión de la libertad y la cordura”.

En el desarrollo de sus tramas, Esquinca se da tiempo para reflexionar sobre la condición humana. Un ejemplo: “Platicando con amigos que también se habían separado, descubrió lo común que era que, tras la ruptura, las ex parejas se siguieran acos-

tando. Tras la disolución de los vínculos sentimentales, se buscaba un último lazo en el cuerpo. Así como existían los ritos de iniciación, pensó Casasola, también estaban los de claudicación. Y el sexo en las ex parejas —con toda su potencia de renovado pero momentáneo deseo— marcaba la muerte definitiva de la relación”.

En *Demonia*, su libro de cuentos más reciente, continúa el interés por los insectos o, mejor, asistimos a una ponderación de sus capacidades, siempre en relación con los seres humanos. Las moscas “Son seres superiores capaces de fornicar mientras vuelan, y con decenas de ojos que nos vigilan desde cualquier ángulo [...] Las moscas han matado más seres humanos que todos los conflictos bélicos juntos [...] Belcebú en hebreo significa dios de las moscas”. Continúa también con los planteamientos sobre sus recursos y obsesiones: “Creo que el miedo es un estado alterado que el cerebro llega a necesitar, como una droga. Por eso los escritores de terror que tanto admiro siempre tienen lectores”.

Con tres novelas y dos libros de cuentos, Bernardo Esquinca es un escritor invisible que se hace notar con sus breves libros, proteicos e imaginativos. **U**